

estuvo escuchando no sé qué versos que poco ha cantábadas, y según los extremos que le he visto hacer, creo que va á desesperarse; y por parecerme que debo ántes acudir á su remedio que á obedecer su mandado, os lo vengo á decir, como á quien puede ser parte para que no ponga en efecto tan dañado propósito. Con extraño sobresalto escuché lo que el paje me decía, y fui luego á ver á Timbrio en su aposento; y ántes que dentro entrase, me paré á ver lo que hacia, el cual estaba tendido encima de su lecho boca abajo, derramando infinitas lágrimas, acompañadas de profundos suspiros, y con baja voz y mal formadas razones, me pareció que estas decía: Procura, verdadero amigo Silerio, alcanzar el fruto que tu solicitud y trabajo tiene bien merecido, y no quieras por lo que te parece que debes á mi amistad, dejar de dar gusto á tu deseo, que yo refrenaré el mío, aunque sea con el medio extremo de la muerte; que pues tú della me libraste, cuando con tanto amor y fortaleza al rigor de mil espadas te ofreciste, no es mucho que agora te pague en parte tan buena obra con dar lugar á que sin el impedimento que mi presencia causarte puede, goces de aquella en quien cifró el cielo toda su belleza, y puso el amor todo mi contento: de una sola cosa me pesa, dulce amigo, y es que no puedo despedirme de ti en esta amarga partida; mas admite por disculpa el ser tú la causa della. ¡Oh Nísida, Nísida, y cuán cierto está de tu hermosura, que se ha de pagar la culpa del que se atreve á mirarla, con la pena de morir por ella! Silerio la vió, y si no quedara cual imagino que ha quedado, perdiera en gran parte conmigo la opinión que tiene de discreto; mas pues mi ventura así lo ha querido, sepa el cielo que no soy ménos amigo de Silerio, que él lo es mío; y para muestras desta verdad, apártese Timbrio de su gloria, destiérrese de su contento, vaya peregrino de tierra en tierra, ausente de Silerio y de Nísida, dos verdaderas y mejores mitades de su alma: y luego con mucha furia se levantó del lecho y abrió la puerta, y hallándose allí, me dijo: ¿Qué quieres, amigo, á tales horas? ¿Hay por ventura algo de nuevo? Hay tanto, le respondí yo, que aunque hubiera ménos no me pesara. En fin, por no cansaros mas, yo llegué á tales términos con él, que le persuadí y di á entender ser su imaginación falsa, no en cuanto estaba yo enamorado, sino en el de quién, porque no era Nísida, sino de su hermana Blanca; y supelo decir esto de manera que él lo tuvo por verdadero; y porque mas crédito á ello diese, la memoria me ofreció unas estancias que muchos días ántes yo mesmo habia hecho á otra dama del mismo nombre, y dijele que para la hermana de Nísida las habia compuesto, las cuales vinieron tan á propósito, que aunque sea fuera dél decir las agora, no las quiero pasar en silencio, que fueron estas.

SILERIO.

¡Oh Blanca, á quien rendida está la nieve,
Y en condición mas que la nieve helada!
No presumais ser mi dolor tan leve,
Que esteis de remediarle descuidada:
Mirad que si mi mal no ablanda y mueve
Vuestra alma en mi desdicha conjurada,
Se volverá tan negra mi ventura,
Cuanto sois Blanca en nombre y hermosura.
Blanca gentil, en cuyo blanco pecho
El contento de amor se anida y cierra:
Antes que el mío en lágrimas deshecho
Se vuelva polvo y miserable tierra,
Mostrad el vuestro en algo satisfecho
Del amor y dolor que el mío encierra;

Que esta será tan caudalosa paga,
Que á cuanto mal padezco satisfaga.

Blanca sois vos, por quien trocar queria
De oro el mas finísimo ducado,
Y por tan alta posesión tendria
Por bien perder la del mas alto estado:
Pues esto conoceis, ó Blanca mía,
Dejad ese desden de enamorado,
Y haced, ó Blanca, que el amor acierte
A sacar, si sois vos, blanca mi suerte.

Puesto que con pobreza tal me hallara
Que tan sola una blanca poseyera,
Si ella fuéades vos, no me trocara
Por el mas rico que en el mundo hubiera:
Y si mi ser en aquel ser tornara
De Juan de Espera en Dios, dichoso fuera,
Si al tiempo que las tres Blancas buscase,
A vos, ó Blanca, entre ellas os hallase.

Adelante pasara con su cuento Silerio, si no lo estorbaba el son de muchas zampoñas y acordados caramillos, que á sus espaldas se oía; y volviendo la cabeza, vieron venir hácia ellos hasta una docena de gallardos pastores, puestos en dos hileras, y en medio venía un dispuesto pastor, coronado con una guirnalda de madre selva, y de otras diferentes flores. Traía un baston en la una mano, y con grave paso poco á poco se movía, y los demas pastores con el mesmo aplauso, y tocando todos sus instrumentos, daban de sí agradable y extraña muestra. Luego que Elicio los vió, conoció ser Daranio el pastor que en medio traían, y los demas ser todos circunvecinos, que á sus bodas querían hallarse, á las cuales asimismo Tirsi y Damon vinieron, y por alegrar la fiesta del desposorio, y honrar al nuevo desposado, de aquella manera hácia la aldea se encaminaban; pero viendo Tirsi que su venida habia puesto silencio al cuento de Silerio, le rogó que aquella noche juntos en la aldea la pasasen, donde sería servido con la voluntad posible, y haría satisfechas las suyas con acabar el comenzado suceso. Silerio lo prometió, y á esta sazón llegó el monton de alegres pastores, los cuales conociendo á Elicio, y Daranio á Tirsi y á Damon sus amigos, con señales de grande alegría se recibieron, y renovando la música, y renovando el contenido, tornaron á proseguir el comenzado camino; y ya que llegaban junto al aldea, llegó á sus oídos el son de la zampoña del desamorado Lenio, de que no poco gusto recibieron todos, porque ya conocían la extremada condición suya; y así como Lenio los vió y conoció, sin interrumpir el suave canto, desta manera cantando hácia ellos se vino.

LENIO.

Por bienaventurada,
Por llena de contento y alegría
Será por mí juzgada
Tan dulce compañía,
Si no siento de amor la tiranía.

Y besaré la tierra
Que pisa aquel que de su pensamiento
El falso amor destierra,
Y tiene el pecho exento
De esta furia cruel, de este tormento.

Y llamaré dichoso
Al rústico, advertido ganadero,
Que vive cuidadoso
Del pobre manso apero,
Y muestra el rostro al crudo amor severo.

Deste tal las corderas
Antes que venga la sazón madura
Serán ya parideras,
Y en la ocasión mas dura
Hallarán claras aguas y verdura.

Si estando amor airado
Con él pusiere en su salud desvío,
Llevaré su ganado
Con el ganado mío
Al abundoso pasto, al claro río.

Y en tanto del incienso
El humo santo irá volando al cielo,
A quien decirle pienso
Con pío y justo celo,
Las rodillas postradas por el suelo:
¡Oh cielo santo y justo!
Pues eres protector del que pretende
Hacer lo que es tu gusto,
A la salud atiende
De aquel que por servirte, amor le ofende.
No lleve este tirano
Los despojos á ti solo debidos,
Antes con larga mano
Y premios merecidos
Restituye su fuerza á los sentidos.

En acabando de cantar Lenio, fué de todos los pastores cortesamente recibido; el cual, como oyese nombrar á Damon y á Tirsi, á quien él solo por fama conocía, quedó admirado en ver su extremada presencia, y así les dijo: ¿Qué encarecimientos bastarian, aunque fueran los mejores que en la elocuencia pudieran hallarse, á poder levantar y encarecer el valor vuestro, famosos pastores, si por ventura las niñerías de amor no se mezclaran con las véras de vuestros celebrados escritos? Pero pues ya estáis éticos de amor, enfermedad al parecer incurable, puesto que mi rudeza, con estimar y alabar vuestra rara discreción os pague lo que os debe, imposible será que yo deje de vituperar vuestros pensamientos. Si los tuyos tuvieras, discreto Lenio, respondió Tirsi, sin las sombras de la vana opinión que los ocupa, vieras luego la claridad de los nuestros, y que por ser amorosos merecen mas gloria y alabanza, que por ninguna otra sutileza ó discreción que encerrar pudieran. No mas, Tirsi, no mas, replicó Lenio, que bien sé que con tantos y tan obstinados enemigos, poca fuerza tendrán mis razones. Si ellas lo fueran, respondió Elicio, tan amigos son de la verdad los que aquí están, que ni aun burlando la contradijeran, y en esto podrás ver, Lenio, cuán fuera vas della, pues no hay ninguno que apruebe tus palabras, ni aun tenga por buenas tus intenciones. Pues á fe, dijo Lenio, que no te salve á tí la tuya, ó Elicio, si no, dígalo el aire, á quien continúe acrecientas con suspiros, y la yerba destos prados que va creciendo con tus lágrimas, y los versos que el otro día cantaste y en las hayas de aquel bosque escribiste, que en ellos se verá qué es lo que en tí alabas y en mí vitu-

LIBRO TERCERO.

El regocijado alboroto que con la ocasión de las bodas de Daranio aquella noche en el aldea habia, no fué parte para que Elicio, Tirsi, Damon y Erastro dejasen de acomodarse en parte, donde sin ser de alguno estorbados, pudiese seguir Silerio su comenzada historia; el cual, despues que todos juntos grato silencio le prestaron, siguió desta manera. Con las fingidas estancias de Blanca, que os he dicho que á Timbrio dije, quedó él satisfecho de que mi pena procedía, no de amores de Nísida, sino de su hermana; y con este seguro, pidiéndome perdón de la falsa imaginación que de mí habia tenido, me tornó á encargar su remedio; y así yo olvidado del mío no me descuidé un punto de lo que al suyo tocaba. Algunos días se pasaron, en los cuales la fortuna no me mostró tan abierta ocasión como yo quisiera para descubrir á Nísida la verdad de mis pensamientos, aunque ella siem-

peras. No quedara Lenio sin respuesta, si no vieran venir hácia donde ellos estaban á la hermosa Galatea con las discretas pastoras Florisa y Teolinda; la cual, por no ser conocida de Damon y Tirsi, se habia puesto un blanco velo ante su hermoso rostro. Llegaron y fuéron de los pastores con alegre acogimiento recibidas, principalmente de los enamorados Elicio y Erastro, que con la vista de Galatea tan extraño contento recibieron, que no pudiendo Erastro disimularle, en señal dél, sin mandárselo alguno, hizo señas á Elicio que su zampoña tocara, al son de la cual con alegres y suaves acentos cantó los siguientes versos.

ERASTRO.

Vea yo los ojos bellos
Deste sol que estoy mirando,
Y si se van apartando,
Váyase el alma tras ellos:
Sin ellos no hay claridad,
Ni mi alma no la espere;
Que ausente dellos no quiere
Luz, salud, ni libertad.

Mire quien puede estos ojos,
Que no es posible alabállos,
Mas ha de dar por mirállos
De la vida los despojos:
Yo los veo, y yo los vi,
Y cada vez que los veo
Les doy un nuevo deseo
Tras el alma que les di.

Ya no tengo mas que dar,
Ni imagino mas que dé,
Si por premio de mi fe
No se admite el desear:
Cierta está mi perdición,
Si estos ojos do el bien sobra
Los pusieron en la obra,
Y no en la sana intención.

Aunque durase este día
Mil siglos como deseo,
A mí que tanto bien veo,
Un punto me parecia:
No hace el tiempo ligero
Curso en alterar mi edad,
Mientras miro la beldad
De la vida por quien muero.

En esta vista reposa
Mi alma, y halla sosiego,
Y vive en el vivo fuego
De su luz pura y hermosa:
Y hace amor tan alta prueba
Con ella, que en esta llama
A dulce vida la llama,
Y cual fenix la renueva.

Salgo con mi pensamiento
Buscando mi dulce gloria,
Y al fin hallo en mi memoria
Encerrado mi contento:
Allí está, y allí se encierra
No en mandos, no en poderíos,
No en pompas, no en señorios,
Ni en riquezas de la tierra.

Aquí acabó su canto Erastro, y se acabó el camino de llegar al aldea, adonde Tirsi, Damon y Silerio en casa de Elicio se recogieron, por no perder la ocasión de saber en qué paraba el comenzado cuento de Silerio. Las hermosas pastoras Galatea y Florisa, ofreciendo de hallarse el venidero día á las bodas de Daranio, dejaron á los pastores, y todos ó los mas con el desposado se quedaron, y ellas á sus casas se fueron. Y aquella misma noche, solicitó Silerio de su amigo Erastro, y por el deseo que le fatigaba de volver á su ermita, dió fin al suceso de su historia como se verá en el siguiente libro.

pre me preguntaba cómo á mi amigo en sus amores le iba, y si su dama tenia ya alguna noticia dellos. A lo que yo le dije, que todavía el temor de ofenderla no me dejaba aventurar á decirle cosa alguna; de lo cual Nísida se enojaba mucho, y me llamaba cobarde y de poca discreción, añadiendo á esto que pues yo me acobardaba, ó que yo no era tan verdadero amigo suyo como decía. Todo esto fué parte para que me determinase, y en la primera ocasión me descubriese, como lo hice un día que sola estaba; la cual escuchó con extraño silencio todo lo que decirle quise, y yo como mejor pude le encarecí el valor de Timbrio, el verdadero amor que le tenia, el cual era tan fuerte, que me habia movido á mí á tomar tan abatido ejercicio como era el de truhan, solo por tener lugar de decirle lo que decía, añadiendo á es-

tas otras razones que á Nísida le debió parecer que lo eran; mas no quiso mostrar entónces por palabras lo que despues con obras no pudo tener cubierto, ántes con gravedad y honestidad extraña reprehendió mi atrevimiento, acusó mi osadía, afeó mis palabras, y desmayó mi confianza, pero no de manera que me desterrase de su presencia, que era lo que yo mas temia; sólo concluyó con decirme que de allí adelante tuviese mas cuenta con lo que á su honestidad era obligado, y procurase que el artificio de mi mentiroso hábito no se descubriese: conclusion fué esta que cerró y acabó la tragedia de mi vida, pues por ella entendí que Nísida daría oídos á las quejas de Timbrio. ¿En qué pecho pudo haber ni puede el extremo de dolor que entónces en el mio se encerraba, pues el fin de su mayor deseo era el remate y fin de su contento? Alegrábame el buen principio que al remedio de Timbrio habia dado, y esta alegría en mi pesar redundaba, por parecerme, como era la verdad, que en viendo á Nísida en poder ajeno, el propio mio se acababa. ¡Oh fuerza poderosa de verdadera amistad, á cuánto te extiendes, y á cuánto me obligaste! pues yo mismo, forzado de tu obligacion, afilé con mi industria el cuchillo que habia de degollar mis esperanzas, las cuales, muriendo en mi alma vivieron y resucitaron en la de Timbrio, cuando de mí supo todo lo que con Nísida pasado habia; pero ella andaba tan recatada con él y conmigo, que nunca de todo punto dió á entender que de la solicitud mia y amor de Timbrio se contentaba, ni ménos se desdenó de suerte, que sus sinsabores y desvíos hiciesen á los dos abandonar la empresa. Hasta que, habiendo llegado á noticia de Timbrio, cómo su enemigo Pransiles (aquel caballero á quien él habia agraviado en Jerez), deseoso de satisfacer su honra le enviaba á desafiar, señalándole campo franco y seguro en una tierra del Estado del duque de Gravina, dándole término de seis meses desde entónces hasta el día de la batalla; el cuidado deste aviso no fué parte para que se descuidase de lo que á sus amores convenia; ántes con nueva solicitud mia y servicios suyos, vino á estar Nísida de manera, que no se mostraba esquiva aunque la mirase Timbrio y en casa de sus padres visitase, guardando en todo tan honesto decoro, cuanto á su valor era obligada. Acercándose ya el término del desafío, y viendo Timbrio serle inexcusable aquella jornada, determinó de partirse, y ántes que lo hiciese escribió á Nísida una carta, tal, que acabó con ella en un punto lo que yo en muchos meses atras y en muchas palabras no habia comenzado. Tengo la carta en la memoria, y por hacer al caso de mi cuento, no os dejaré de decir, que así decia.

TIMBRIO Á NÍSIDA.

Salud te envía aquel que no la tiene,
Nísida, ni la espera en tiempo alguno,
Si por tus manos mismas no le viene.
El nombre aborrecible de importuno
Temo me adquirirán estos renglones,
Escritos con mi sangre de uno en uno.
Mas la furia cruel de mis pasiones
De tal modo me turban, que no puedo
Huir las amorosas sinrazones.
Entre un ardiente osar y un frío miedo
Arrimado á mi fe y al valor tuyo,
Mientras esta recibes triste quedo:
Por ver que en escribirte me destruyo,
Si tienes á donaire lo que digo,
Y entregas al desden lo que no es suyo.
El cielo verdadero me es testigo
Si no te adoro desde el mismo punto
Que vi ese rostro hermoso y mi enemigo.

El verte y adorarte llegó junto,
Porque ¿quién fuera aquel que no adora
De un ángel bello el sin igual trasunto?
Mi alma tu belleza al mundo rara
Vió tan curiosamente, que no quiso
En el rostro parar la vista clara.
Allá en el alma tuya un paraíso
Fué descubriendo de bellezas tantas,
Que dan de nueva gloria cierto aviso.
Con estas ricas alas te levantas
Hasta llegar al cielo, y en la tierra
Al sabio admirar, y al que es simple espantas.
¡Dichosa el alma que tal bien encierra,
Y no ménos dichoso el que por ella
La suya rinde á la amorosa guerra!
En deuda soy á mi fatal estrella
Que me quiso rendir á quien encubre
En tan hermoso cuerpo alma tan bella.
Tu condicion, señora, me descubre
El desengaño de mi pensamiento,
Y de temor á mi esperanza cubre.
Pero en fe de mi justo honroso intento
Hago buen rostro á la desconfianza,
Y cobro al postrer punto nuevo aliento.
Dicen que no hay amor sin esperanza:
Pienso que es opinion; que yo no espero,
Y del amor la fuerza mas me alcanza.
Por sola tu bondad te adoro y quiero,
Atraído tambien de tu belleza,
Que fué la red que amor tendió primero.
Para atraer con rara sutileza
Al alma descuidada libre mia
Al amoroso fudo y su estrechez.
Sustenta amor su mando y tiranía
Con cualquiera belleza en algun pecho,
Pero no en la curiosa fantasía.
Que mira, no de amor el lazo estrecho
Que tiende en los cabellos de oro fino,
Dejando al que los mira satisfecho.
Ni en el pecho, á quien llama alabastroino
Quien del pecho no pasa mas adentro,
Ni en el marfil del cuello peregrino;
Sino del alma el escondido centro
Mira, y contempla mil bellezas puras
Que le acuden y salen al encuentro.
Mortales y caducas hermosuras
No satisfacen á la inmortal alma,
Si de la luz perfecta no anda á oscuras.
Tu sin igual virtud lleva la palma,
Y los despojos de mis pensamientos,
Y á los torpes sentidos tiene en calma.
Y en esta sujecion están contentos,
Porque miden su dura amarga pena
Con el valor de tus merecimientos.
Aro en el mar, y siembro en el arena,
Cuando la fuerza extraña del deseo
A mas que á contemplarte me condena.
Tu alieza entiendo, mi hajeza veo,
Y en extremos que son tan diferentes,
Ni hay medio que esperar, ni le poseo.
Ofrecense por esto inconvenientes
Tantos á mi remedio, cuantas tiene
El cielo estrellas, y la tierra gentes.
Conozco lo que al alma le conviene,
Sé lo mejor, y á lo peor me atengo,
Llevado del amor que me entretiene.
Mas ya, Nísida bella, al paso vengo
De mi con mortal ansia deseado,
Do acabaré la pena que sostengo.
El enemigo brazo levantado
Me espera y la feroz aguda espada,
Contra mí con tu saña conjurado.
Presto será tu voluntad vengada
Del vano atrevimiento de esta mia,
De tí sin causa alguna desechada.
Otro mas duro trance, otra agonía,
Aunque fuera mayor que de la muerte,
No turbara mi triste fantasía.
Si cupiera en mi corta amarga suerte
Verte de mis deseos satisfecha,
Así como al contrario puedo verte:
La senda de mi bien hállola estrecha,
La de mi mal tan ancha y espaciosa,
Cual de mi desventura ha sido hecha.
Por esta corre airada y presurosa
La muerte en tu desden fortalecida,
De triunfar de mi vida deseosa.
Por aquella mi bien va de vencida,
De tu rigor, señora, perseguido,
Que es el que ha de acabar mi corta vida.
A términos tan tristes conducido
Me tiene mi ventura, que ya temo
Al enemigo airado y ofendido,
Solo por ver que el fuego en que me quemó
Es hielo en ese pecho, y esto es parte
Para que yo acobarde al paso extremo.

Que si tú no te muestras de mi parte,
¿A quién no temerá mi flaca mano,
Aunque mas la acompañe esfuerzo y arte?
Pero si me ayudarás, ¿qué romano
O griego capitán me contrastará,
Que al fin su intento no saliera vano?
Por el mayor peligro me arrojara,
Y de las fieras manos de la muerte
Los despojos seguro arrebatará.
Tú sola puedes levantar mi suerte
Sobre la humana pompa, ó derribarla
Al centro, do no hay bien con que se acierte.
Que si como ha podido sublimarla
El puro amor, quisiera la fortuna,
En la difícil cumbre sustentarla,
Subida sobre el cielo de luna
Se viera mi esperanza, que ahora yace
En lugar do no espera en cosa alguna.
Tal estoy ya, que ya me satisface
El mal que tu desden airado esquivo
Por tan extraños términos me hace.
Solo por ver que en tu memoria vivo,
Y que te acuerdas, Nísida, si quiera
De hacerme mal, que yo por bien recibo.
Con mas facilidad contar pudiera
Del mar los granos de la blanca arena,
Y las estrellas de la octava esfera,
Que no las ansias, el dolor, la pena,
A que el fiero rigor de tu aspereza,
Sin haberle ofendido, me condena.
No midas tu valor con mi hajeza;
Que al respecto de tu sér famoso
Por tierra quedará cualquier alteza.
Así cual soy te amo, y decir oso
Que me adelanto en firme enamorado
Al mas subido término amoroso.
Por esto no merezco ser tratado
Como enemigo, ántes me parece
Que debería ser remunerado.
Mal con tanta hieldad se compadece
Tamaña crueldad, y mal asienta
Ingratitud do tal valor florece.
Quisierate pedir, Nísida, cuenta
De un alma que te di; dónde la echaste?
¿O cómo estando ausente me sustentas?
¿Ser señora de un alma no acetaste?
Pues ¿qué te puede dar quien mas te quiera?
¿Cuán bien tu presuncion aquí mostraste!
Sin alma estoy desde la vez primera
Que te vi por mí mal y por bien mio;
Que todo fuera mal si no te viera.
Allí el freno te di de mi albedrio;
Tú me gobiernas, por tí sola avivo,
Y aun puede mucho mas tu poderio.
En el fuego de amor puro me vivo
Y me deshago, pues cual fénix luego
De la muerte de amor vida recibo.
En fe desta mi fe te pido y ruego
Solo que creas, Nísida, que es cierto
Que vivo ardiendo en amoroso fuego.
Y que tú puedes ya despues de muerto
Reducirme á la vida, y en un punto
Del mar airado conducirme al puerto.
Que está para conmigo en tí tan junto
El querer y el poder, que es todo uno
Sin discrepar y sin faltar un punto.
Y acabo por no ser mas importuno.

No sé si las razones desta carta, ó las muchas que yo ántes á Nísida habia dicho, asegurándole el verdadero amor que Timbrio le tenia, ó los continuos servicios de Timbrio, ó los cielos que así lo tenían ordenado, movieron las entrañas de Nísida para que en el punto que la acabó de leer me llamase, y con lágrimas en los ojos me dijese: ¡Ay, Silerio, Silerio, y cómo creo que á costa de la salud mia has querido granjear la de tu amigo! Hagan los hados, que á este punto me han traído, con las obras de Timbrio verdaderas tus palabras; y si las unas y las otras me han engañado, tome de mi ofensa venganza el cielo, al cual pongo por testigo de la fuerza que el deseo me hace, para que no le tenga mas encubierto: mas; ay, cuán liviano descargo es este para tan pesada culpa! pues debiera yo primero morir callando porque mi honra viviera, que con decir lo que agora quiero decirte, enterarla á ella, y acabar mi vida. Confuso me tenían estas palabras de Nísida, y mas el sobresalto con que las decia; y queriendo con las mias animarla á que sin temor

alguno se declarase, no fué menester importunarla mucho, que al fin me dijo que no solo amaba, pero que adoraba á Timbrio, y que aquella voluntad tuviera ella cubierta siempre, si la forzosa ocasion de la partida de Timbrio no la forzara á descubrirla. Cuál yo quedé, pastores, oyendo lo que Nísida decia, y la voluntad amorosa que tener á Timbrio mostraba, no es posible encarecerlo: y aun es bien que carezca de encarecimiento dolor que á tanto se extiende; no porque me pesase de ver á Timbrio querido, sino de verme á mí imposibilitado de tener jamas contento, pues estaba y está claro que ni podia ni puedo vivir sin Nísida, á la cual, como otras veces he dicho, viéndola en ajenas manos puesta, era enajenarme yo de todo gusto, y si alguno la suerte en este trance me concedia, era considerar el bien de mi amigo Timbrio, y esto fué parte para que no llegase á un mismo punto mi muerte y la declaracion de la voluntad de Nísida. Escuchéla como pude, y asegúrela como supe de la entereza del pecho de Timbrio, á lo cual ella me respondió que ya no habia necesidad de asegurarle aquello, porque estaba de manera, que no podia ni le convenia dejar de creerme, y que solo me rogaba, si fuese posible, procurase de persuadir á Timbrio buscarse algun medio honroso para no venir á batalla con su enemigo: y respondiéndole yo ser eso imposible sin quedar deshonrado, se sosegó, y quitándose del cuello unas preciosas reliquias, me las dió para que á Timbrio de su parte las diese. Quedó ansimesmo concertado entre los dos, que ella sabia que sus padres habian de ir á ver el combate de Timbrio, y que llevarian á ella y á su hermana consigo; mas porque no le bastaria el ánimo de estar presente al riguroso trance de Timbrio, que ella fingiria estar mal dispuesta, con la cual ocasion se quedaria en una casa de placer donde sus padres habian de posar, que media legua estaba de la villa donde se habia de hacer el combate, y que allí esperaria su mala ó buena suerte segun la tuviese Timbrio: mandóme tambien que para acortar el deseo que tendria de saber el suceso de Timbrio, que llevase yo conmigo una toca blanca, que ella me dió, y que si Timbrio venciese, me la atase al brazo, y volviese á darle las nuevas; y si fuese vencido, que no la atase, y así ella sabia por la señal de la toca desde léjos el principio de su contento ó el fin de su vida. Prometíle de hacer todo lo que me mandaba, y tomando las reliquias y la toca, me despedí della con la mayor tristeza y el mayor contento que jamas tuve: mi poca ventura causaba la tristeza, y la mucha de Timbrio el alegría. El supo de mí lo que de parte de Nísida le llevaba, y quedó con ello tan lozano, contento y orgulloso, que el peligro de la batalla que esperaba, por ninguno le tenia, pareciéndole que en ser favorecido de su señora, aun la mesma muerte contrastar no le podría. Paso agora en silencio los encarecimientos que Timbrio hizo para mostrarse agradecido á lo que á mí solicitud debia, porque fuéron tales, que mostraba estar fuera de seso tratando en ello. Esforzado pues, y animado con esta buena nueva, comenzó á aparejar su partida, llevando por paros unos caballeros españoles y otros napolitanos. Y á la fama deste particular duelo se movió á verlo infinita gente del reino, yendo tambien allá los padres de Nísida, llevando con ellos á ella y á su hermana Blanca: y como á Timbrio tocaba escoger las armas, quiso mostrar que no en la ventaja dellas, sino en la razon que tenia, fun-

daba su derecho, y así las que escogió fueron espada y daga, sin otra arma defensiva alguna. Pocos días faltaban al término señalado, cuando de la ciudad de Nápoles se partieron con otros muchos caballeros Nísida y su padre, habiendo llegado primero ella, acordándose muchas veces que no me olvidase de nuestro concierto; pero mi cansada memoria, que jamás sirvió sino de acordarme solas las cosas de mi disgusto, por no mudar su condicion, se olvidó tanto de lo que Nísida me había dicho, cuanto vió que convenía para quitarme la vida, ó á lo ménos para ponerme en el miserable estado en que agora me veo. Con grande atención estaban los pastores escuchando lo que Silerio contaba, cuando interrumpió el hilo de su cuento la voz de un lastimado pastor, que entre unos árboles cantando estaba, y no tan lejos de las ventanas de la estancia donde ellos estaban, que dejase de oírse todo lo que decía. La voz era de suerte que puso silencio á Silerio, el cual en ninguna manera quiso pasar adelante, ántes rogó á los demás pastores que la escuchasen, pues para lo poco que de su cuento quedaba, tiempo habria de acabarlo. Hiciéraseles de mal esto á Tirsi y Damon, si no les dijera Elicio: Poco se perderá, pastores, en escuchar al desdichado Mireno, que sin duda es el pastor que cantá, y á quien ha traído la fortuna á términos, que imagino que no espera él ninguno en su contento. ¿Cómo le ha de esperar, dijo Erastro, si mañana se desposa Daranio con la pastora Silveria, con quien él pensaba casarse? pero en fin han podido mas con los padres de Silveria las riquezas de Daranio, que las habilidades de Mireno. Verdad dices, replico Elicio; pero con Silveria mas habia de poder la voluntad que de Mireno tenia conocida, que otro tesoro alguno: cuanto mas, que no es Mireno tan pobre, que aunque Silveria se casara con él, fuera su necesidad notada. Por estas razones que Elicio y Erastro dijeron, creció el deseo en los pastores de escuchar lo que Mireno cantaba; y así rogó Silerio que mas no se hablase, y todos con atento oído se pararon á escucharle; el cual afligido de la ingratitud de Silveria, viendo que otro día con Daranio se desposaba, con la rabia y dolor que le causaba este hecho se habia salido de su casa acompañado de solo su rabel, y convidándole la soledad y silencio de un pequeño pradedillo que junto á las paredes de la aldea estaba, y confiado que en tan sosegada noche ninguno le escucharia, se sentó al pié de un árbol, y templando su rabel, desta manera cantando estaba:

MIRENO.

¡Cielo sereno, que con tantos ojos
Los dulces amorosos burios miras,
Y con tu curso alegras ó entristeces
A aquel que en tu silencio sus enojos
A quien los causa dice, ó al que retiras
De gusto tal, y espacio no le ofrezcas!
Si acaso no careces
De tu benignidad para conmigo,
Pues ya con solo hablar me satisfago,
Y sabes cuanto hago,
No es mucho que ahora escuches lo que digo;
Que mi voz lastimera
Saldrá con la doliente ánima afuera.
Ya mi cansada voz, ya mis lamentos
Bien poco ofenderán al aire vano,
Pues á término tal soy reducido,
Que ofrece amor á los airados vientos
Mis esperanzas, y en ajena mano
Ha puesto el bien que tuve merecido.
Será el fruto cogido,
Que sembró mi amoroso pensamiento,
Y regaron mis lágrimas cansadas,
Por las afortunadas

Manos, á quien faltó merecimiento
Y sobró la ventura,
Que allana lo difícil y asegura.

Pues el que ve su gloria convertida
En tan amarga dolorosa pena,
Y tomando su bien cualquier camino,
¿Por qué no acaba la enojosa vida?
¿Por qué no rompe la vital cadena
Contra todas las fuerzas del destino?
Poco á poco camino
Al dulce trance de la amarga muerte:
Y así, atrevido aunque cansado brazo,
Sufrid el embarazo
Del vivir, pues ensalza nuestra suerte
Saber que á amor le place,
Que el dolor haga lo que el hierro hace.

Cierta mi muerte está, pues no es posible
Que viva aquel que tiene la esperanza
Tan muerta, y tan ajeno está de gloria;
Pero temo que amor haga imposible
Mi muerte, y que una falsa confianza
De vida, á mi pesar, á la memoria.
Mas; ¿qué! si por la historia
De mis pasados bienes la paseo,
Y miro bien que todos son pasados,
Y los graves cuidados
Que triste agora en su lugar poseo,
Ella será mas parte
Para que della y del vivir me aparte.

¡Ay, bien único y solo al alma mia,
Sol que mi tempestad aserenaste,
Término del valor que se desea!
¿Será posible que se llega el día
Donde he de conocer que me olvidaste?
¿Y que permita amor que yo le vea?
Primero que esto sea,
Primero que tu blanco hermoso cuello
Esté de ajenos brazos rodeado,
Primero que el dorado,
Oro es mejor decir, de tu cabello
A Daranio enriquezca,
Con fenecer mi vida el mal fenezca.

Nadie por fe te tuvo merecida
Mejor que yo, mas veo que es fe muerta
La que con obras no se manifiesta;
Si se estimara el entregar la vida
Al dolor cierto y á la gloria incierta,
Pudiera yo esperar alegre fiesta;
Mas no se admite en esta
Cruda ley que amor usa, el buen deseo
Pues es proverbio antiguo entre amadores,
Que son obras amores,
Y yo que por mi mal solo poseo
La voluntad de hacellas,
¿Qué no me ha de faltar, faltando en ellas?

En ti pensaba yo que se rompiera
Esta ley del avaro amor usada,
Pastora, y que los ojos levantarás
A una alma de la tuya prisionera,
Y á tu propio querer tan ajustada,
Que si la conocieras la estimaras:
Pensé que no trocaras
Una fe que dió muestras de tan buena,
Por una que quilita sus deseos
Con los vanos arreos
De la riqueza de cuidados llena;
Entregástele al oro
Por entregarme á mí continuo al lloro.

Abatida pobreza, causadora
Deste dolor que me atormenta el alma,
Aquel te lo que jamás te mira:
Turbóse en ver tu rostro mi pastora,
A su amor tu aspereza puso en calma,
Y así por no encontrarte, el pié retira.
Mal contigo se aspira
A conseguir intentos amorosos;
Tú derribas las altas esperanzas,
Y siembras mil mudanzas
En mujeriles pechos codiciosos;
Tú jamás perdonas
Con amor el valor de las personas.

Sol es el oro, enyos rayos ciegan
La vista mas aguda, si se ceba
En la vana apariencia del provecho.
A liberales manos no se niegan
Las que gustan de hacer notoria prueba
De un blando, codicioso, hermoso pecho.
Oro tuerece el derecho
De la limpia intencion y fe sincera,
Y mas que la firmeza de un amante
Acaba un diamante,
Pues su dureza vuelve un pecho cera
Por mas duro que sea,

Pues se le da con él lo que desea.
De tí me pesa, dulce mi enemiga,
Que tantas tuyas puras perfecciones
Con una avara muestra has afreado:
Tanto del oro te mostraste amiga,
Que echaste á las espaldas mis pasiones,
Y al olvido entregaste mi cuidado.
En fin, ¿que te has casado!
¡Casádotte has, pastora! El cielo haga
Tan buena tu eleccion como querrias,
Y de las penas mias
Injustas, no recibas justa paga.
Mas; ¡ay! que el cielo amigo
Da premio á la virtud, y al mal castigo.

Aquí dió fin á su canto el lastimado Mireno con muestras de tanto dolor, que le causó á todos los que le escuchaban, principalmente á los que le conocian y sabian sus virtudes, gallarda disposicion y honroso trato. Y despues de haber dicho entre los pastores algunos discursos sobre la extraña condicion de las mujeres, en especial sobre el casamiento de Silveria, que olvidada del amor y bondad de Mireno, á las riquezas de Daranio se habia entregado, deseosos de que Silerio diese fin á su cuento, puesto silencio á todo, sin ser menester pedirselo, él comenzó á seguir, diciendo. Llegando pues el día del riguroso trance, habiéndose quedado Nísida media legua ántes de la villa en unos jardines como conmigo habia concertado, con excusa que dió á sus padres de no hallarse bien dispuesta, al partirme della me encargó la brevedad de mi tornada, con la señal de la toca, porque en traerla ó no, ella entendiese el bueno ó el mal suceso de Timbrio. Tornéselo á prometer agraviándome de que tanto me lo encargase. Y con esto me despedí della y de su hermana, que con ella se quedaba. Y llegada al puesto del combate, y llegada la hora de comenzarle, despues de haber hecho los padrinos de entrambos las ceremonias y amonestaciones que en tal caso se requieren, puestos los dos caballeros en la estacada, al temeroso son de una ronca trompeta se acometieron con tanta destreza y arte, que causaba admiracion en quien los miraba. Pero el amor, ó la razon, que es lo mas cierto, que á Timbrio favorecia, le dió tal esfuerzo, que aunque á costa de algunas heridas, en poco espacio puso á su contrario de suerte, que teniéndole á sus piés herido y desangrado, le importunaba que si queria salvar la vida, se rindiese; pero el desdichado Pransiles le persuadia que le acabase de matar, pues le era mas fácil á él y de ménos daño pasar por mil muertes, que rendirse una; mas el generoso ánimo de Timbrio es de manera, que ni quiso matar á su enemigo, ni ménos que se confesase por rendido: solo se contentó con que dijese y conociese que era tan bueno Timbrio como él: lo cual Pransiles confesó de buena gana, pues hacia en esto tan poco, que sin verse en aquel término pudiera muy bien decirlo. Todos los circunstantes que entendieron lo que Timbrio con su enemigo habia pasado, lo alabaron y estimaron en mucho. Y apenas hube yo visto el feliz suceso de mi amigo, cuando con alegría increíble y presta lijereza volví á dar las nuevas á Nísida. Pero ¡ay de mí! que el descuido de entónces me ha puesto en el cuidado de agora. ¡Oh memoria, memoria mia! ¿por qué no la tuviste para lo que tanto me importaba? Mas creo que estaba ordenado en mi ventura, que el principio de aquella alegría fuese el remate y fin de todos mis contentos. Yo volví á ver á Nísida con la presteza que he dicho, pero volví sin ponerme la blanca toca al brazo. Nísida que con crecido deseo estaba esperando y mirando desde

unos altos corredores mi tornada, viéndome volver sin la toca, entendió que algun siniestro reves á Timbrio habia sucedido, y creyólo y sintiólo de manera, que sin ser parte otra cosa, faltándole todos los espíritus, cayó en el suelo con tan extraño desmayo, que todos por muerta la tuvieron: cuando ya yo llegué, hallé toda la gente de su casa alborotada, y á su hermana haciendo mil extremos de dolor sobre el cuerpo de la triste Nísida. Cuando yo la vi en tal estado, creyendo firmemente que era muerta, y viendo que la fuerza del dolor me iba sacando de sentido, temeroso que estando fuera dél no diese ó descubriese algunas muestras de mis pensamientos, me salí de la casa, y poco á poco volví á dar las desdichadas nuevas al desdichado Timbrio. Pero como me hubiesen privado las ansias de mi fatiga las fuerzas de cuerpo y alma, no fueron tan lijeros mis pasos, que no lo hubiesen sido mas otros que la triste nueva á los padres de Nísida llevasen, certificándoles cierto, que de un agudo parasismo habia quedado muerta. Debí de oír esto Timbrio; y debió quedar cuál yo quedé, si no quedó peor: solo sé decir que cuando llegué á do pensaba hallarle, era ya algo anochecido, y supe de uno de sus padrinos que con el otro y por la posta se habia partido á Nápoles, con muestras de tanto descontento, como si de la contienda vencido y deshonrado salido hubiera. Luego imaginé yo lo que ser podia, y púsemelo luego en camino para seguirlo: y ántes que á Nápoles llegase, tuve nuevas ciertas de que Nísida no era muerta, sino que le habia dado un desmayo que le duró veinte y cuatro horas, al cabo de las cuales habia vuelto en sí con muchas lágrimas y suspiros. Con la certidumbre desta nueva me consolé, y con mas contento llegué á Nápoles, pensando hallar allí á Timbrio; pero no fué así, porque el caballero con quien él habia venido me certificó que en llegando á Nápoles se partió sin decir cosa alguna, y que no sabia á qué parte; solo imaginaba que segun le vió triste y melancólico despues de la batalla, que no podia creer sino que á desesperarse hubiese ido. Nuevas fueron estas que me tornaron á mis primeras lágrimas, y aun no contenta mi ventura con esto, ordenó que al cabo de pocos dias llegasen á Nápoles los padres de Nísida, sin ella y sin su hermana, las cuales, segun supe y segun era pública voz, entrambas á dos se habian ausentado una noche, viniendo con sus padres á Nápoles, sin que se supiese de ellas nueva alguna. Tan confuso quedé con esto que no sabia qué hacerme ni decirme: y estando puesto en esta confusion tan extraña, vine á saber, aunque no muy cierto, que Timbrio en el puerto de Gaeta en una gruesa nave que para España iba se habia embarcado, y pensando que podria ser verdad, me vine luego á España, y en Jerez y en todas las partes que imaginé que podria estar, le he buscado sin hallar dél rastro alguno: finalmente he venido á la ciudad de Toledo, donde están todos los parientes de los padres de Nísida, y lo que he alcanzado á saber es, que ellos se vuelven á Toledo sin haber sabido nuevas de sus hijas. Viéndome pues yo ausente de Timbrio, ajeno de Nísida, y considerando que ya que los hallase, ha de ser para gusto suyo y perdicion mia; cansado ya y desengañado de las cosas deste falso mundo en que vivimos, he acordado de volver el pensamiento á mejor norte, y gastar lo poco que de vivir me queda, en servicio del que estima los deseos y las obras en el punto que merecen; y

así he escogido este hábito que veis, y la ermita que habeis visto, donde en dulce soledad reprima mis deseos y encamine mis obras á mejor paradero: puesto que como viene de tan atrás la corrida de las malas inclinaciones que hasta aquí he tenido, no son tan fáciles de parar, que no trascorran algo, y vuelva la memoria á combatirme, representándome las pasadas cosas; y cuando en estos puntos me veo, al son de aquella arpa que escogí por compañera en mi soledad, procuro aliviar la pesada carga de mis cuidados, hasta que el cielo le tenga y se acuerde de llamarme á mejor vida.

Este es, pastores, el suceso de mi desventura; y si he sido largo en contárosle, es porque no ha sido ella corta en fatigarme. Lo que os ruego es, me dejéis volver á mi ermita, porque aunque vuestra compañía me es agradable, he llegado á términos que ninguna cosa me da mas gusto que la soledad; y de aquí entenderéis la vida que pasó, y el mal que sustento. Acabó con esto Silerio su cuento; pero no las lágrimas con que muchas veces le habia acompañado. Los pastores le consolaron en ellas lo mejor que pudieron, especialmente Damon y Tirsi, los cuales con muchas razones le persuadieron á no perder la esperanza de ver á su amigo Timbrio con mas contento que él sabría imaginar, pues no era posible sino que tras tanta fortuna aserenase el cielo, del cual se debía esperar que no consentiría que la falsa nueva de la muerte de Nísida, á noticia de Timbrio con mas verdadera relacion no viniese ántes que la desesperacion le acabase; y que de Nísida se podía creer y conjeturar, que por ver á Timbrio ausente se habria partido en su busca; y que si entónces la fortuna por tan extraños accidentes los habia apartado, agora por otros no ménos extraños sabría juntarlos. Todas estas razones y otras muchas que le dijeron le consolaron algo, pero no de manera que despertasen la esperanza de verse en la vida mas contenta, ni aun él la procuraba, por parecerle que la que habia escogido era la que mas le convenia. Gran parte era ya pasada de la noche, cuando los pastores acordaron de reposar el poco tiempo que hasta el dia quedaba, en el cual se habian de celebrar las bodas de Daranio y Silveria. Mas apénas habia dejado la blanca aurora el enfadoso lecho del celoso marido, cuando dejaron los suyos todos los mas pastores del aldea, y cada cual como mejor pudo, comenzó por su parte á regocijar la fiesta. Cuál trayendo verdes ramos para adornar la puerta de los desposados, y cuál con su tamborino y flauta les daba la mádrugada; acullá se oia la regocijada gaita, acá sonaba el acordado rabel, allí el antiguo salterio, aquí los cursados albógues; quién con coloradas cintas adornaba sus castañetas para los esperados bailes, quién pulia y repulia sus rústicos aderezos para mostrarse galán á los ojos de alguna su querida pastorcilla, de modo que por cualquier parte de la aldea que se fuese, todo sabía á contento, placer y fiesta. Solo el triste y desdichado Mireno era aquel á quien todas estas alegrías causaban suma tristeza; el cual habiéndose salido del aldea por no ver hacer sacrificio de su gloria, se subió en una costezuela que junto al aldea estaba; y allí sentándose al pié de un antiguo fresno, puesta la mano en la mejilla, y la caperuzca encajada hasta los ojos, que en el suelo tenia clavados, comenzó á imaginar el desdichado punto en que se hallaba, y cuán sin poderlo estorbar, ante sus ojos habia de ver coger el fruto de sus

deseos; y esta consideracion le tenia de suerte, que lloraba tan tierna y amargamente, que ninguno en tal trance le viera que con lágrimas no le acompañara. A esta sazón, Damon y Tirsi, Elicio y Erastro, se levantaron, y asomándose á una ventana que al campo salia, lo primero en quien pusieron los ojos fué en el lastimado Mireno, y en verle de la suerte que estaba, conocieron bien el dolor que padecia; y movidos á compasion, determinaron todos de ir á consolarle, como lo hicieran, si Elicio no les rogara que le dejaran ir solo, porque imaginaba que por ser Mireno tan amigo suyo, con él, mas abiertamente que con otro, su dolor comunicaria. Los pastores se lo concedieron, y yendo allá Elicio, hallóle tan fuera de sí, y tan en su dolor trasportado, que ni le conoció Mireno, ni le habló palabra; lo cual visto por Elicio, hizo señal á los demas pastores que viniesen; los cuales temiendo algun extraño accidente á Mireno sucedido, pues Elicio con priesa los llamaba, fueron luego allá, y vieron que estaba Mireno con los ojos tan fijos en el suelo, y tan sin hacer movimiento alguno, que una estatua semejaba; pues con la llegada de Elicio, ni con la de Tirsi, Damon y Erastro no volvió de su extraño embelesamiento, sino fué, que á cabo de un buen espacio de tiempo, casi como entre dientes, comenzó á decir: ¿Tú eres, Silveria, Silveria? si tú lo eres, yo no soy Mireno, y si soy Mireno, tú no eres Silveria; porque no es posible que esté Silveria sin Mireno, ó Mireno sin Silveria: pues ¿quién soy yo, desdichado? ó ¿quién eres tú, desconocida? Yo bien sé que no soy Mireno, porque tú no has querido ser Silveria, á lo ménos la Silveria que ser debías y yo pensaba que fueras. A esta sazón alzó los ojos, y como vió al rededor de sí los cuatro pastores, y conoció entre ellos á Elicio, se levantó, y sin dejar su amargo llanto, le echó los brazos al cuello, diciéndole: ¡Ay, verdadero amigo mío! y cómo agora no tendrás ocasion de envidiar mi estado, como le envidiabas cuando de Silveria me veais favorecido: pues si entónces me llamaste venturoso, agora puedes llamarme desdichado; y trocar todos los títulos alegres que en aquel tiempo me dabas, en los de pesar que agora puedes darme: yo sí que te podré llamar dichoso, Elicio, pues te consuela mas la esperanza que tienes de ser querido, que no te fatiga el verdadero temor de ser olvidado. Confuso me tienes, ó Mireno, respondió Elicio, de ver los extremos que haces por lo que Silveria ha hecho, sabiendo que tiene padres, á quien ha sido justo haber obedecido. Si ella tuviera amor, replicó Mireno, poco inconveniente era la obligacion de los padres para dejar de cumplir con lo que al amor debia; de do vengo á considerar, ó Elicio, que si me quiso bien, hizo mal en casarse; y si fué fingido el amor que me mostraba, hizo peor en engañarme, y ofrecirme el desengaño á tiempo que no puede aprovecharme, si no es con dejar en sus manos la vida. No está en términos la tuya, Mireno, replicó Elicio, que tengas por remedio el acabarla, pues podría ser que la mudanza de Silveria no estuviese en la voluntad, sino en la fuerza de la obediencia de sus padres; y si tú la quisiste limpia y honestamente doncella, tambien la puedes querer agora casada, correspondiendo ella agora como entónces á tus buenos y honestos deseos. Mal conoces á Silveria, Elicio, respondió Mireno, pues imaginas della que ha de hacer cosa de que pueda ser notada. Esta mesma razon que has dicho te condena, respondió

Elicio, pues si tú, Mireno, sabes de Silveria, que no hará cosa que mal le esté, en la que ha hecho no debe de haber errado. Si no ha errado, respondió Mireno, ha acertado á quitarme todo el buen suceso que de mis buenos pensamientos esperaba: y solo en esto la culpo, que nunca me advirtió deste daño, ántes temiéndome dél, con firme juramento me aseguraba que eran imaginaciones mías, y que nunca á la suya habia llegado pensar con Daranio casarse, ni se casaria, si conmigo no, con él ni con otro alguno, aunque aventurara en ello quedar en perpetua desgracia con sus padres y parientes: y debajo deste seguro y prometimiento faltar y romper la fe agora de la manera que has visto, ¿qué razon hay que tal consienta, ó qué corazon que tal sufra? Aquí tornó Mireno á renovar su llanto, y aquí de nuevo le tuvieron lástima los pastores. A este instante llegaron dos zagales adonde ellos estaban, que el uno era pariente de Mireno, y el otro criado de Daranio, que á llamar á Elicio, Tirsi, Damon y Erastro venia, porque las fiestas de su desposorio querian comenzarse. Pesábales á los pastores de dejar solo á Mireno, pero aquel pastor su pariente se ofreció á quedar con él; y aun Mireno dijo á Elicio que se quería ausentar de aquella tierra, por no ver cada dia á los ojos la causa de su desventura. Elicio le loó su determinacion, y le encargó que do quiera que estuviese, le avisase de cómo le iba. Mireno se lo prometió; y sacando del seno un papel, le rogó que en hallando comodidad se le diese á Silveria. Y con esto se despidió de todos los pastores, no sin muestras de mucho dolor y tristeza: el cual no se hubo bien apartado de su presencia, cuando Elicio, deseoso de saber lo que en el papel venia, viendo que pues estaba abierto, importaba poco leerle, le descogió, y convidando á los otros pastores á escucharle, vió que en él venian escritos estos versos.

MIRENO Á SILVERIA.

El pastor que te ha entregado
Lo mas de cuanto tenia,
Pastora, agora te envía,
Lo ménos que le ha quedado,
Que es este pobre papel,
Adonde claro verás
La fe que en tí no hallarás,
Y el dolor que queda en él.

Pero poco acaso hace
Darte desto cuenta estrecha,
Si mi fe no me aprovecha,
Y mi mal te satisface:
No pienses que es mi intencion
Quejarme porque me dejas;
Que llegan tarde las quejas
De mi temprana pasion.

Tiempo fué ya que escucharas
El cuento de mis enojos,
Ya un sí lloraran mis ojos,
Las lágrimas enjugaras:
Entónces era Mireno
El que era de tí mirado,
Mas ¡ay, cómo te has trocado!
Tiempo bueno, tiempo bueno!

Si durara aquel engaño,
Templárase mi disgusto,
Pues mas vale un falso gusto,
Que un notorio y cierto daño;
Pero tú, por quien se ordena
Mi terrible mala andanza,
Has hecho con tu mudanza
Falso el bien, cierta la pena.

Tus palabras lisonjeras
Y mis eréduos oídos
Me han dado bienes fingidos,
Y males que son de veras:
Los bienes con su apariencia
Crecieron mi sanidad;
Los males con su verdad
Han doblado mi dolencia.

Por esto juzgo y discierno
Por cosa cierta y notoria
Que tiene el amor su gloria
A las puertas del infierno:
Y que un desden acarrea
Y un olvido en un momento
Desde la gloria al tormento,
Al que en amar no se emplea.

Con tanta presteza has hecho
Este mudamiento extraño,
Que estoy ya dentro del daño
Y no salgo del provecho:
Porque imagino que ayer
Era cuando me querias,
O á lo ménos lo fingias,
Que es lo que se ha de creer.

Y el agradable sonido
De tus palabras sabrosas
Y razones amorosas
Aun me suena en el oído:
Estas memorias suaves
Al fin me dan mas tormento,
Pues tus palabras el viento
Llevó, y las obras quien sabes.

¿Eras tú la que jurabas
Que se acabasen tus dias,
Si á Mireno no querias
Sobre todo cuanto amabas?
Eras tú, Silveria, quien
Hizo de mí tal caudal,
Que siendo todo tu mal,
Me tenias por tu bien?

¡Oh, qué títulos te diera
De ingrata, como mereces,
Si como tú me aborreces,
Tambien yo te aborreciera!
Mas no puedo aprovecharme
Del medio de aborrecerte,
Que estimo mas el quererte
Que tú has hecho el olvidarme.

Triste gemido á mi canto
Ha dado tu mano liera,
Invierno á mi primavera,
Y á mi risa amargo llanto:
Mi gasajo ha vuelto en luto,
Y de mis blandos amores
Cambió en abrojos las flores,
Y en veneno el dulce fruto.

Y aun dirás, y esto me daña,
Que es el haberte casado,
Y el haberme así olvidado,
Una honesta honrosa hazaña.
Disculpa fuera admitida,
Si no te fuera notorio
Que estaba en tu desposorio
El fin de mi triste vida.

Mas en fin tu gusto fué
Gusto, pero no fué justo,
Pues con premio tan injusto
Pagó mi inviolable fe:
La cual por ver que se ofrece
De mostrar la fe que alcanza,
Ni la muda tu mudanza,
Ni mi mal la desfallece.

Quien esto vendrá á entender,
Cierto estoy que no se asombre,
Viendo al fin que yo soy hombre,
Y tú, Silveria, mujer,
Adonde la lijereza
Hace de continuo asiento,
Y adonde en mí el sufrimiento
Es otra naturaleza.

Ya te contemplo casada,
Y de serlo arrepentida,
Porque ya es cosa sabida
Que no estarás firme en nada:
Procura alegre llevarlo
El yugo que echaste al cuello,
Que podrás aborrecello,
Y no podrás desecharlo.

Mas eres tan inhumana
Y de tan mudable sér,
Que lo que quisiste ayer,
Has de aborrecer mañana:
Y así por extraña cosa
Dirá aquel que de tí hable:
Hermosa, pero mudable;
Mudable, pero hermosa.

No parecieron mal los versos de Mireno á los pastores, sino la ocasion á que se habian hecho, considerando con cuánta presteza la mudanza de Silveria le habia traído á punto de desamparar la amada patria y queridos amigos, temeroso cada uno que en el suceso de sus pretensiones lo mesmo le sucediese. Entrados pues en el aldea, y llegados adonde Daranio y Silveria estaban, la fiesta se comenzó tan alegre y regocijadamente, cuanto en las riberas del Tajo en muchos tiempos se habia visto: que por ser Daranio uno de los mas ricos pastores de toda aquella comarca, y Silveria de las hermosas pastoras de toda la ribera, acudieron á sus bodas toda ó la mas pastoria de aquellos contornos, y así se hizo una célebre junta de discretos pastores y hermosas pastoras; y entre los que á los demas en muchas y diversas habilidades se aventajaron fueron el triste Orompo y el celoso Orfenio, el ausente Crisio y el desamado Marsilio, mancebos todos, y todos enamorados, aunque de diferentes pasiones oprimidos, porque al triste Orompo fatigaba la temprana muerte de su querida Listea, y al celoso Orfenio la insufrible rabia de los celos, siendo enamorado de la hermosa pastora Eandra; al ausente Crisio el verse apartado de Claraura, bella y discreta pastora á quien él por único bien suyo tenia; y al desesperado Marsilio el desamor que para con él en el pecho de Belisa se encerraba. Era todos amigos y de una mesma aldea, y la pasion del uno el otro no la ignoraba; ántes en dolorosa competencia muchas veces se habian juntado á encarecer cada cual la causa de su tormento, procurando cada uno mostrar como mejor podia, que su dolor á cualquier otro se aventajaba, teniendo por suma gloria ser en la pena mejorado; y tenian todos tal ingenio, ó por mejor decir, tal dolor padecian, que como quiera que le significasen, mostraban ser el mayor que imaginarse podia: por estas disputas y competencias eran famosos y conocidos en todas las riberas de Tajo, y habian puesto deseo á Tirsi y á Damon de conocerlos; y viéndoles allí juntos, unos á otros se hicieron corteses y agradables recibimientos, principalmente todos con admiracion miraban á los dos pastores Tirsi y Damon hasta allí dellos solamente por fama conocidos. A esta sazón salió el rico pastor Daranio á la serrana vestido; traia camisa alta, de cuello plegado, almilla de frisa, sayo verde escotado, zaragüelles de delgado lienzo, antiparras azules, zapato redondo, cinto tachonado, y de la color del sayo una cuarteada caperuzca. No ménos salió bien aderezada su esposa Silveria,